

Doctor Guillermo Valencia

El momento político internacional del mundo

(Conferencia leída por su autor en la
Asesoría Militar del Ministerio de Guerra,
al primer Curso de Información).



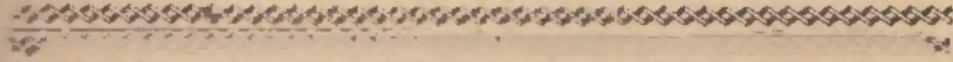
Bogotá (Colombia) — Imprenta Nacional — 1932

El momento político internacional del mundo

(Conferencia leída por su autor en la
Asesoría Militar del Ministerio de Guerra,
al primer Curso de Información).



Bogotá (Colombia) — Imprenta Nacional — 1932



EL MOMENTO POLITICO INTERNACIONAL DEL MUNDO

Señor General Díaz, señores miembros del Curso de Estado Mayor:

Debo a una gentil insinuación del muy ilustre señor General Díaz, el honor de conversar hoy con vosotros sobre uno de los temas que constituyen el programa de estudios para el Curso de Información del Alto Comando que tan dignamente representáis aquí: *el momento político internacional del mundo*.

Me parece fue Carlos Marx quien habló primeramente de la *interpretación económica de la Historia*, y si a esta concepción de crítica no se le da en la actualidad el sentido severamente restringido con que la enunció y entendió el padre intelectual de la Rusia soviética, conserva sin embargo un gran valor ilustrativo para estudiar el desarrollo de las sociedades humanas. La historia de las naciones suministra datos que nos permiten hoy esclarecer, con el auxilio de la Economía Política, acontecimientos que antes se habían considerado a la luz de muy otros factores.

La conquista de las Galias por Julio César, la de Egipto y el plan de sujetar a Persia, estimados como brote de insaciable imperialismo romano, o como signo de una

vanidad conductora que aspiraba a las supremas dignidades imperiales, se originó, según estudios modernos, en la creciente demanda de trigo para satisfacer las necesidades de Roma.

El descubrimiento de América fue el venturoso hallazgo de un marino audaz que iba buscándose camino hacia las Islas especiarias.

Son varios los casos en que la independencia política de un pueblo fue obtenida como reacción victoriosa contra sistemas tributarios.

Podrían multiplicarse los ejemplos alusivos a la tesis marxista, y como consecuencia de ellos, nos es fuerza sentir que al discurrir sobre el actual momento político internacional del mundo, precisa establecer la obligada conexión que existe entre el estado económico derivado de la guerra mundial y los problemas políticos a que atienden actualmente las grandes naciones conductoras. cuyos conceptos y actuaciones de todo orden influyen las actividades de los demás países de la tierra.

Entre la maraña de antecedentes históricos, políticos, internacionales que obraron como causas inmediatas para desatar la gran catástrofe, y que se han alegado desde entonces por los actores del drama, para inculparse recíprocamente, se alcanzan a columbrar motivos económicos de grave importancia explicativa: la competencia comercial entre los Imperios Centrales, e Inglaterra y Francia, ofrece un aspecto importantísimo para iluminar parcialmente los orígenes del conflicto. Los tratados de paz que le siguieron alcanzaron poder bastante para imponer soluciones de acuerdo con el espíritu y propósitos de los Estados vencedores y de sus aliados, pero han sido impotentes a impedir las consecuencias que surgieron de la guerra misma y de la ejecución de aquellos pactos. La disonancia entre las nuevas normas y los fenómenos económicos resultantes, ligados a ellas, están influyendo intensamente y aun determinando este momento político e internacional del mundo. Veamos cómo:

Si comparamos algunas de las guerras de los tiempos modernos en que se acentuara más la técnica en su aspecto creador o simplemente renovador, como serían las de

Federico II y Napoleón I; la de Prusia contra Austria en 1866 y contra Francia en 1870-71, con ese drama desconocido que apellidamos la Gran Guerra, nos parecerán esotras de muy reducidas proporciones. La primera disparidad de donde arrancan como consecuencia todas las demás, es la cifra de las masas guerreras puestas en acción. El ejército napoleónico logró su máxima—600,000 hombres—cuando el Gran Corso invadió el Imperio moscovita. Los efectivos alemanes en la guerra del 70, con ser muy superiores a los de Bonaparte, no alcanzaron número de escándalo. En la primera faz de la guerra, según afirma Moltke en sus *Memorias*, fueron inferiores numéricamente a las que les opuso la nación invadida. ¿Qué vale todo esto ante la cifra de 20.000,000 de hombres armados que actuaron en la guerra mundial?

Si hemos de exceptuar la infantería y la caballería que no ostentaron un utilaje mayor que sus antecesoras, excluidas las granadas de mano en los infantes—en quienes revivieron los granaderos antiguos,—las otras armas y elementos bélicos sí obtuvieron un ensanche o modificaciones tan grandes, que bien pueden considerarse las formas anteriores como simples esquemas de lo que vino después. Comparad las escuadras de Inglaterra bajo Nelson, y bajo Jellicoe. ¡Qué variedad de barcos destinados a diversos servicios; qué cambios en la artillería de marina; qué de elementos nuevos impuestos por la aparición del submarino!

En artillería el cambio fue también colosal por el número, la calidad y el oficio de las piezas. Creáronse tipos nuevos de ametralladoras y fusiles que sustituyesen determinado número de guerreros, y la aparición de las aeronaves pobló los cielos de Europa de una variedad de aves de presa en mucho superior a las que nos describe la Historia Natural. La guerra química, con sus gases de diversos tipos; los tanques de combate; la multiplicidad de medios de comunicación para poder poner en movimiento a tan ingentes muchedumbres armadas, en tierra, mar y cielo, conectadas entre sí por la radiotelegrafía y hasta por la utilización de las co-

rrientes telúricas que entregaban al oído ansioso el secreto de los contrarios; toda esta gigantesca y ordenada aglomeración de elementos destructores apuraron la posibilidad de la energía humana, en un periodo de cuatro años, en forma que no soñaron antes los grandes capitanes de la Historia.

Pensad ahora lo que significó alimentar diariamente dos decenas de millones de hombres armados, con la regularidad que se estilaba en una familia bien ordenada; pensad en la renovación de su equipo, sometido a las inclemencias del tiempo y la miseria lodosa de las trincheras; en la sanidad militar; en la construcción de nuevas vías de toda clase para el movimiento de esos hormigueros humanos; en las raciones del ganado; en la incalculable provisión de municiones de guerra. Cuando la de Crimea, se admiraban nuestros padres de que durante el sitio de Sebastopol, que duró largos meses, se hubiesen disparado 397,000 granadas en la zona de asedio. Y en un solo día de combate del frente occidental de la Gran Guerra se consumieron más proyectiles que durante toda la guerra franco-prusiana. La presentación de 1,000 cañones en el combate de Ivry, en 1870, causó pasmo en la crítica militar. Von Mackensen llevó a su paseo por Servia 8,000 piezas, y hubo días que enfrente de Verdún disparaban 5,000 cañones. El General Herr estima que la artillería francesa, sólo en el año de 1917, consumió 9,000,000 de toneladas de acero. Se ha calculado que el alambre de púas empleado como defensa en las trincheras de los diversos frentes, fue bastante a darle varias vueltas a nuestro planeta, ciéndolo por el ecuador. Para mantener el ejército alemán eran menester cada día 60,000 vagones colmados de patatas. Datos son éstos que asoman la inteligencia a vórtices numéricos que sólo ofrece el cálculo celeste.

Súmanse a esos factores de provisión inaplazable y urgentísima los millones invertidos por cada país para socorrer y sostener las familias de los movilizados o las oleadas de inmigrantes que empujaba la invasión hacia los países amigos.

Para proveer a tan descomunales exigencias, se acudió primeramente al ahorro de la humanidad almacenado en las cajas de los bancos o en las huchas de los previsivos humildes. Comenzaron entonces a desbordar los empréstitos; primeramente como un río que fue hinchándose hasta trocarse en mar. Las cifras que alcanzan esas sumas, el hombre las había visto escritas sólo para calcular las calorías que el sol pierde anualmente.

Escritores de larga visión habían anunciado ya esta complicación inevitable, y Norman Angell, previsto la ruina de las naciones como consecuencia necesaria de una conflagración universal. Sólo que él erró suponiendo que la previsión del desastre podría retraer a la humanidad de tan terrible aventura. El cataclismo se produjo a despecho de la clarividencia del profeta, acaso porque fuerzas desconocidas produjeron inhibición en la conciencia humana en una hora de invencible locura o de fatalidad irresistible.

El entusiasmo de la victoria, la anestesia que produce el dolor, la fiebre imperialista que variando de nombre y de forma sacudía el espíritu de algunos vencedores; la necesidad de ejercer sanción contra el Estado que desencadenó la guerra, impidieron medir en los primeros tiempos, una vez concluida la lucha, la incalculable trascendencia que habría de tener para el futuro aquel apasionante drama en que los grandes pueblos de la tierra fueron actores principales, de cuyas aventuras y heroísmo participaron también los coros que agrupaban a las naciones menores.

Para dar abasto a las ávidas, insaciables y devorantes exigencias de la guerra fue preciso ensanchar, renovar, transformar el complicado organismo de las industrias de todo género, para darles una eficacia que guardase relación entre la necesidad y el producido, siempre con tendencia a la superación de éste. El industrial que en esa feria de las *Mil y Una noches* veía crecer su fábrica a impulsos de un pedido incesantemente renovado y creciente, iba ensanchando paralelamente el organismo de producción sin calcular el instante lugendo en que aquello habría de parar. El huracán de locura desatado sobre el mundo arrastraba en sus trombas las fuerzas

de la guerra y las fuerzas de la paz. Antes de aquella —vaya un ejemplo mínimo— un hábil obrero americano fabricaba diariamente 300 bombillas del tipo que aquí vemos. Confióse a una máquina el encargo de hacer 73,000 en el mismo período de tiempo. Medid, por este ejemplo, a dónde llegaría en los diversos géneros de la actividad industrial la prepotencia mecánica. Como era natural, al licenciamiento de los ejércitos sucedió una era de generosidad explicable: los enormes depósitos sobrantes fueron cedidos liberalmente a instituciones, familias e individuos, si bien quedó un hacinamiento capaz de producir, como produjo, la crisis comercial que originó la ruina de tantos bancos, sociedades e individuos, apenas concluída la lucha. Hízose entonces el balance de ésta: 10.000,000 de muertos, sin contar las pandemias originadas en el descuido sanitario impuesto por las exigencias de la guerra, que excedieron casi en el doble la cifra de las víctimas bélicas; la casi incomensurable legión de mutilados, sagrado y ponderoso lastre de los países combatientes; la ruina irremisible de incontables creadores de riqueza, y todo ello traducido a una cifra de deudas que está pesando como una cruz de bronce sobre los lastimados hombros de redentores e irredentos.

Estados Unidos de América fueron para los pugnadores como el pródigo mago de tesoros inagotables y fabulosos. Aunque terciara en la guerra y en forma decisiva y coloidal (puesto que militarmente sólo obró por presencia, si hemos de exceptuar el ataque a San Mihiel), insustituible aporte, alma y nervio de la solución definitiva, fue su obra de cajero y financista de la guerra. Puede decirse que de aquel incendio monstruoso en que se abrasaron pueblos, tronos, leyendas, tradiciones, esperanzas, nacionalidades y clanes, sólo quedan en pie las deudas de guerra personificadas en el Estado americano acreedor; bien así como al arderse la antigua Corinto, entre cenizas y escombros, cuenta un historiador griego, se erguía únicamente, desafiante y supérstite, la estatua colosal de Mercurio con su ofídico caduceo y su bien cogida bolsa de mercadante. Hé aquí el primer factor económico, de máxima importancia, que está influyendo actualmente el momento político del mundo.

Paralelamente a esta causa, hay que buscar en la fundamental alteración de la carta de Europa el otro factor esencial que traduce el desequilibrio político e internacional de la hora presente. Ocurre en cierta esfera con los conglomerados de naciones, lo que pasa en el orden físico cuando se tajan las montañas para necesidades del progreso, al ceñirles el collar de acero de los ferrocarriles o henderlas solamente para otra clase de vehículos. La estabilidad y forma que lograron adquirir y en que las halla el ingeniero, débese a una ley interna que las hizo ir buscando su centro de gravedad representado por unos a manera de pilares de sustentación que logran, después de desprendimientos sucesivos, fijar y mantener el equilibrio de las masas. Mientras se consuma este fenómeno de regulación, las grietas y derrumbamientos ponen de manifiesto el proceso interior de compensación y de estabilidad. Cuando se presentan nuevos tajos en las vertientes y laderas de esas mismas montañas que se habían tranquilizado ya en la certidumbre del reposo, torna a producirse nuevamente el desquiciamiento y el desorden, los que serán tanto más grandes cuanto mayor sea el desequilibrio producido desde afuera en el estado de acomodamiento interior de la montaña.

Algo análogo a esto se ha producido en el mundo por las modificaciones y cambios que en el orden internacional, económico, financiero y político se causaron a Europa con la perturbación desmembradora y alterante del equilibrio paneuropeo.

En primer lugar la desmembración de los Imperios Centrales limitó en todos los órdenes su potencialidad visible, y en el Imperio austrohúngaro la eliminó totalmente. Veamos cómo. La mutilación que la Gran Guerra impuso a Alemania costóle 70,000 kilómetros cuadrados de territorio y seis millones y medio de habitantes. Hoy tiene 469,000 kilómetros cuadrados (sin incluir el Sarre) y 63.000,000 de habitantes. Puestas de lado las cláusulas militares y navales del Tratado de Versalles, que limitaron los efectivos y material de guerra de Alemania, que le impusieron la destrucción de fortificaciones y la supresión de su marina, perdió la Alsacia y la

Lorena, restituídas a Francia; el Morenest y los círculos de Eupen y Malmedy, que pasaron a Bélgica; el Slesvig, reincorporado a Dinamarca; la Posnania y parte de la alta Silesia, cedidas a Polonia; el pequeño territorio de Hultschin, Danzing y Memel; todo el imperio colonial con 3.000,000 de kilómetros cuadrados y 14.000,000 de habitantes distribuidos en Africa, en Asia y Oceanía. Estas desmembraciones tenían que afectar, como afectaron, todas las industrias transformadoras germánicas en sus diversas ramas, la metalúrgica, la química, la textil y la agrícola.

Las primeras florecían en el Ruhr, el Sarre y la alta Silesia, principalmente. Las químicas en el Ruhr y el Main; las textiles en el Rhin y Silesia.

Ha sido menester la enorme disciplina de esa nación; su aplicación de las ciencias a la industria; el esfuerzo titánico de los conductores en lucha contra el desaliento y la cólera y el enorme orgullo nacional germánico, para que ese pueblo de constructiva solidez de pirámide, haya podido sobreponerse a su inmenso desastre. Limitado así su poder productivo; estorbado su comercio, de mil modos; sobrecargada con la deuda de reparaciones hasta un extremo inconcebible, ha venido batiéndose hasta ahora en frentes más extensos quizás y más difíciles y complicados que los que arrojó durante la Gran Guerra.

Dentro del encadenamiento de las fuerzas económicas universales, Alemania ha sido un factor demasiado grande para que su menoscabo no repercuta sobre el movimiento general. El malestar económico que complica y amarga el disgusto político del pueblo germánico, hacen de éste una incógnita en el problema de lo que está por suceder.

El Imperio austrohúngaro se liquidó tras la guerra, como en un concurso de acreedores: Italia tomó el Trentino y Trieste. Servia, diversos territorios que con los de Hungría han formado a Yugoslavia; Rumania, la Transilvania; Polonia recuperó la Galitzia, y Checoslovaquia se constituyó en Estado con la Bohemia y la Moravia. En suma: lo que queda de Austria cuenta con una área de 84,000 kilómetros cuadrados, incrustada en el corazón de Europa y sin salida al mar.

Ya podrá calcularse la restricción de sus recursos económicos, en agricultura, en industrias y en comercio hoy casi totalmente paralizado.

Hungría no resultó mejor librada: perdió a Eslovaquia y la Rusia de los Cárpatos, en provecho de la nueva República checoslovaca; perdió la Transilvania y el Banato oriental, cedidos a Rumania, y los territorios de Croacia, Eslovania, Bachka, incorporados a Servia. País esencialmente agricultor, se sostiene con esta industria solamente porque la pérdida de algunas de sus provincias redujeron sus materias primas principales como la madera y el hierro.

Cuanto a Turquía, quedó arrinconada en sus posesiones del Asia Menor, ya que en Europa conserva solamente una reducida zona sobre el estrecho de los Dardanelos. La pérdida de Albania, de los territorios de Siria, Mesopotamia y Palestina, la anulación de su influencia en Egipto y Chipre han hecho de ese pueblo un escombros de Estado si se le considera en relación con su pasado inmediato. El desequilibrio de su balanza comercial indica hasta qué punto alcanzó a afectarla el conflicto mundial. Hoy es un reducido país de mediana importancia.

La eliminación de Montenegro en el cuadro balkánico no alteró grandemente el estado económico del sector porque sólo ocurrió allí un traspaso de soberanía.

Los Imperios Centrales y sus aliados, origen de la universal catástrofe, son el primer eslabón en esa cadena de desastres que aparecen así ligados: el imperialismo austro-germánico y su para algunos intolerable concurrencia comercial, desataron la guerra; produjo ésta la subversión de muchos valores éticos y políticos tradicionales y la profunda perturbación de las fuentes y corrientes económicas. De la victoria de los aliados se produjo la sanción contra los causantes del conflicto, y al aplicar la sanción, se derivaron de ella consecuencias de incalculable alcance que plantearon problemas de insospechada gravedad.

La participación de importantes sectores en la contienda armada, provenientes de Africa y de Asia, hicieron surgir aspiraciones, despertaron sentimientos y avi-

varon actividades adormecidos antes. El Asia resolvió bastarse a sí propia. China sorprendió al mundo con la europeización de varias de sus grandes industrias. El vasto imperio de la India se puso a hilar al mandato de Ghandi; sustrájose Rusia a los sistemas de Occidente que presiden el movimiento de la riqueza, para proclamar la *Nueva Economía Política*, que era una de las dos alas para lanzarse a la conquista del universo.

Retrajéronse, de esta suerte, esos enormes campos de consumo abiertos anteriormente a la competencia productora y comercial del mundo. Los nuevos Estados nacidos de una nobilísima aplicación del principio de nacionalidades, no quisieron ser menos que las grandes potencias productoras, y dejaron su puesto anterior de consumidoras para ponerse a organizar industrias nuevas que empezaron a defenderse de la competencia exterior, con barreras proteccionistas. Checoeslovaquia, Estonia, Lituania, Polonia, Reino servio-croata-esloveno, Albania, Unión de las Repúblicas soviéticas socialistas, etc., cerrando sus mercados, contribuyeron a restringir poderosamente la circulación comercial de las grandes potencias.

Presentóse entonces la reacción arancelaria de los grandes países: Estados Unidos, Italia, Francia, España, Japón e Inglaterra, que abandonando el libre cambio, se acogió, contra todo un pasado de libertad comercial, a las útiles y agrias formas del proteccionismo astringente. Complicóse el problema con la retracción del oro; patrón monetario vastamente generalizado. Como la extracción del blondo metal codiciado no se prolongaba paralelamente la línea de sus nuevas destinaciones, puesto que había entrado a figurar como el patrón único de pueblos que enantes se sirvieron de otros metales auxiliares, la plata comúnmente, para que le ayudasen a cargar el peso redentor al signo de los cambios, empezó a alarmar la escasez del oro ante la universal demanda para poseerlo.

Aparte del atesoramiento tradicional en monedas y joyas, de ciertos magnates orientales, la orfebrería, la química, la odontología, las bellas artes, las industrias textiles, la galvanoplastia y, sobre todo, la falta de con-

fianza, retraían diariamente cantidades fabulosas del esquivo metal. Presentáronse entonces los fenómenos correlativos de retracción y valorización en que todavía nos debatimos, y como la extracción del metal no ha corrido parejas con sus múltiples aplicaciones a tan variados usos, menesteres y caprichos, el eslabón del oro no ofrece actualmente aspecto menos trágico y siniestro que los demás con que quedamos vinculados a la apocalíptica aventura de 1914.

En torno a las grandes potencias internacionales que presidieron la Gran Guerra, con sus respectivos sistemas de asteroides raciales y políticos que los acompañaron, ha girado este complicadísimo y variado proceso de factores esenciales a la vida de todos los países del orbe, sin exceptuar ninguno.

El elemento espacio ha desaparecido, tragado por el tiempo, que produce la ubicuidad casi y la simultaneidad, por la rapidez de comunicaciones. Y este factor novísimo, desconocido antes, nos mantiene constantemente bajo la sanción del pasado inmediato. "Es lo cierto, dice Enrico Corradine, que hemos vivido y estamos viviendo aún bajo la influencia de riesgos que todavía se desprenden de la guerra."

La transformación de las máquinas que elevaron los inventores técnicos a una capacidad productora paralela a las necesidades del conflicto, están en posición todavía, con su mismo poder eficiente que sustituyó con creces el fatigoso trabajar de los hombres. Allí permanecen diciéndonos con su estrépito ensordecedor o su reposo taciturno, que pueden ejecutar la obra de nuestras manos sin cansarse jamás y sin protestas de rebelión o de avaricia. Huelgan ante ellas, pues, las muchedumbres de obreros y proletarios, que si ayer se arrojaron con gesto de demencia, desmelenados y ennegrecidos de humo, ante las bocas fulmíneas de las baterías segadoras, hoy con los brazos igualmente desafidores increpan a esos monstruos de acero, menos elegantes que los que ayer no más afrontaban en los fuertes y trincheras, pero no menos peligrosos y crueles en su sorda y ciega actividad tranquila.

Consecuencia de este desequilibrio y tirantez entre el trabajo y la máquina, es el contagio rápido de las ideas comunistas cuya dilatada difusión, de continente a continente, a través de los mares y de los cielos, tiñen el mapamundi, a espacios desiguales, de exiguas o de grandes manchas escarlatas. Cada país contempla este problema dentro de sus modalidades peculiares y lo valora en el grado en que pueda afectar su seguridad y su vida económica normal. La desocupación mueve liberalmente el corazón inglés y filantrópicamente, el alma americana. Alemania procura darle una solución científica compatible con la estrechez de sus recursos. Mussolini lo funde en el crisol de su áspero nacionalismo. Francia intenta apaciguarlo suscitando el espectro de la revancha de Alemania. Bélgica confía en su organización providente y fecunda. España le busca sucedáneos en la captación del tesoro eclesiástico y aristocrático. Japón está entretenido, como un oso hormiguero, comiéndose una tras otra las bandas pululantes que envía China sobre Manchuria; y como efecto de esta brumosa y densísima atmósfera moral, formada de nubarrones cargados de relámpagos que parecen estar aguardando el viento que los desencadene, el instinto enloquecido de los pueblos que adoctrinó la gran catástrofe, se rebela contra la posibilidad de otra nueva que parece acercarse más y más cada día con el mismo ímpetu con que estadistas y muchedumbres se empeñan por conjurarla.

El Consejo de la Sociedad de Naciones, constituido por cinco miembros: Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Japón, sirve de eje, y al propio tiempo imprime dirección al movimiento universal.

Ocupa el primer puesto en la esfera de las influencias mundiales, Gran Bretaña e Irlanda, la Unión Sudafricana, la Unión australiana o federación de los Estados de Australia, Nueva Zelanda, el Dominio del Canadá y la India: imperial conjunto que abarca unos 35.000.000 de kilómetros cuadrados y 450.000.000 de hombres, lo que constituye la *Comunidad británica de naciones*, formada por 98 países que representan todas las modalidades geográficas posibles: en territorios, razas, climas, religiones.

lenguas, productos y problemas. Inútil acentuar la importancia política y económica de tan vasta vinculación de pueblos bajo un mismo poder directivo. Una sabia política ha sugerido a Inglaterra fórmulas tan discretas de apaciguamiento y equilibrio, que en medio de tan azarosos contrastes y sorpresas ha podido mantener relativamente satisfecho a tan abigarrado como heterogéneo conjunto de naciones. Como es natural, ese inagotable caudal de todas las materias primas que está fluyéndole sin cesar de los cuatro puntos cardinales para alimento de sus varias industrias, al conjugarse con incontables medios de transporte sobre el mar, en la tierra, a través del espacio, dentro los grandes lagos y en los ríos, hace de la Gran Bretaña el temido competidor de todos los países productores en las cinco partes del planeta. De allí la fricción constante con los demás concurrentes, en las esferas del intercambio comercial, y esa política confusa que ha caracterizado siempre a Albión, que hace la pesadilla y el encono de todos sus competidores. Riggiéndose por pautas uniformes y diáfanas, acaso no sería posible a la Gran Bretaña atender con unidad al desarrollo de una acción tan vasta como complicada.

Viene en seguida Francia, cuyas posesiones en Africa, Asia, América y Oceanía la constituyen segunda potencia colonial del mundo, con dominio sobre 10.000,000 de kilómetros cuadrados y 56.000,000 de hombres, sin contar su área territorial propia de 565,000 kilómetros ni su población francesa de 34.000,000.

Es de justicia rendir homenaje a la colonización francesa donde sienta sus reales. Hasta sus competidores ingleses, por boca de Lord Northcliffe, lo reconocieron así. No contempla Francia el problema de superpoblación, y éste ha sido un factor constante de prosperidad y bienestar internos. El aporte de Alsacia y Lorena que le trajo a Francia 1.800,000 habitantes, no alteró visiblemente su nivel de población; apenas si se resarció con ellos de su nivel de población; apenas si se resarció con ellos de aspecto, derivó de ésta fuera de las reparaciones a que fue justamente acreedora por haber sido el campo más atormentado de la lucha—otros gajes de un inmenso valor económico; trajéronle Alsacia la potasa y la indus-

tria algodonera; Lorena, el mineral de hierro; Pechelbromm, el petróleo; su fuerza hidráulica los Vosgos; en el Saar, las minas de carbón en que tanto escaseaba, y la Rchmania, más hulla y más lignito.

Sus medios de comunicación, su extensa marina mercante, su aviación comercial y de exploración, su método y economía y el facto de que usa en el trato con las poblaciones indígenas han mantenido el gran impulso de su comercio.

Desposeída Alemania de su imperio colonial; aminorada su marina mercante en una proporción considerable, se ha dado a la tarea de reparar las deficiencias impuestas a ella por los hombres, y a pesar del grave fardo de obligaciones que la abruma, está creando tesoneramente cuanto perdió en el vencimiento. A aquella águila negra cuyas alas poderosas rompió la tempestad, le está ya renaciendo la promesa de futuros vuelos en la pujante vitalidad de nuevos, vigorosos remos. Marchará todavía lentamente, pero su triunfo parece asegurado. La unidad de su pueblo y la densidad de población están realizando felizmente el milagro de su resurgimiento.

Con 311,000 kilómetros incluyendo las islas adyacentes y 41.000,000 de habitantes que determinan una densidad media de 132 por kilómetro cuadrado, apenas superada por tres países europeos, Italia se debate dentro de la estrechez de su bota territorial. Su obligada limitación peninsular le ha impuesto una política determinada, dentro de la nación y fuera de ella. Desde el punto de vista nacional donde se avizora el porvenir, la política del Duce es intachable. Entre fuertes, es menester serlo también para buscarse un puesto al sol. Cierta control en el Mediterráneo—el *Mare nostrum* de los romanos—es para Italia necesidad biológica, en tanto que, para su rival francesa, lo es principalmente de actividades expansivas. Para ambos países tiene el Mediterráneo singular importancia de carácter estratégico, que subraya la apertura del Canal de Suez, el despertar balcánico y el desperezarse de Africa, desde Egipto hasta Marruecos.

La política exterior italiana concierta pactos y tratados con los Estados de la Europa Oriental para buscarse aliados y consumidores. La Tripolitania y Cirenaica, el

Trentino y Trieste, Pola y Fiume, Zara y Dalmacia, las islas de Rodas y las doce Esporadas, Eritrea y Somalia, aparte de sus periódicas emigraciones, son corrientes de derivación a sus pobladores sobrantes. La fatalidad geográfica de un territorio estrecho la mantiene castigada por la crisis actual en forma muy sensible, contra la cual está luchando bravamente su discutido conductor.

En condición semejante a la de Italia, encuéntrase el Japón, en Asia, por la estrechez de su patrimonio territorial propiamente dicho. Apretujados en cuatro islas principales y otras muchas adyacentes menores que suman 382,000 kilómetros, viven 63,000,000 de habitantes. Las posiciones de Corea, Formosa, Sajalin, las concesiones de Kuantung y los Mandatos del Pacífico, forman un total para el Imperio de 687,000 kilómetros y 87.000,000 de habitantes. La densidad de población es de 175 por kilómetro y constituye al Japón uno de los países más poblados del globo. Ya se comprenderá por qué es la nación agrícola por excelencia, que sabe utilizar con éxito increíble el cultivo intensivo del suelo. Desde el punto de vista de la limitación de territorio, alcanzamos a explicarnos el imperialismo expansivo de que está dando muestras.

Esta potencia asiática, que se hombrea con las mayores del mundo, aspira a ser el núcleo central que congregue los pueblos asiáticos en un solo haz de voluntades y de empeños.

Es conocida la palabra de Roosevelt: "La historia del mundo comenzó por un período Mediterráneo, continuó por un período Atlántico y ha entrado ahora en el período del Pacífico."

El Japón es hoy la más temible incógnita que se alce ante el mundo occidental. Oigamos a Ikyta Choko, el traductor japonés de Nietzsche: "La civilización occidental, hundida en el materialismo, paralizada, sofocada bajo el peso de la organización capitalista, está en vísperas de sucumbir. La Liga oriental no tendría razón de ser si no emprendiese la renovación de la vida humana. Se impone ya orientalizar una vez más al mundo."

Este concepto invade sin cesar los centros más cultivados de Asia. Al parangonar los japoneses los puertos del Atlántico y los del Pacífico, superiores éstos a esotros, sacan por consecuencia "que el destino ha querido orientar los americanos hacia el Atlántico y asegurar en el Pacífico la hegemonía de los mongoles." Cuando esa lucha llegue, Norte América jugará en ella su carta decisiva!

La necesidad expansiva del Japón; la absorción definitiva de Manchuria y posiblemente de más vastos territorios chinos; la unificación antieuropea de la China, la India y todas las islas del Pacífico, crearán para el Japón la escuadra más poderosa de la tierra, y al sacudirse de toda competencia comercial europea y americana en Oriente, se desatará la lucha sin igual que establecerá la supremacía del más fuerte, y será éste el desencadenarse, tal vez no muy lejano, del gran tifón que todos temen.

Dueño el Japón de las tres cuartas partes de la producción de seda, como materia prima; poseedor de minas de cobre en cuya producción figuró en segundo lugar hasta la Gran Guerra, en que cedió el puesto a Chile; carece sin embargo de hulla y hierro, elementos esenciales que se buscó en Manchuria, Corea y China mismo. Su explotación petrolera crece rápidamente.

Rusia es otro peligro para la cultura occidental. Renán escribió un día: "El Eslavo, como el dragón del Apocalipsis cuya cola barre la tercera parte de las estrellas, arrastrará un día en pos suya el rebaño del Asia Central, la antigua comparsa de los Gengis y de los Tamerlanes."

Desde que Pedro el Grande le abrió al Asia una ventana sobre Europa, quedó planteada una nueva incógnita para ésta. Así como en otro tiempo los scitas fueron la vanguardia de Atila y otros bárbaros que asolaron a Occidente, el programa moderno del panvolehismo es aglutinar el Asia en el nuevo credo, contra la organización humana actual. Hasta ahora su campaña se efectúa en el campo de la propaganda en todas direcciones y en los *dumpings* que sólo han perturbado, sin dañar grandemente.

En el Congreso de pueblos orientales, reunido en Bakú el 5 de diciembre de 1920, el bolcheviquismo le declaró la guerra a Europa. Su Presidente dijo: "Este Congreso es un desafío que lanzamos desde aquí al imperialismo inglés y francés," y Zinovief invitó a la *lucha santa* contra los europeos. Y cuenta que Rusia tiene hoy sobre las armas mucho más de 1.000,000 de soldados y una reserva de hombres que pueden elevar sus efectivos a cifras fabulosas. Todo es asunto de método, de organización y de tiempo.

Estados Unidos de América, acreedores del universo, sufren hoy en grande escala los efectos de la crisis mundial. Con problemas en Asia y el de las deudas con Europa; con 10.000,000 de hombres sin trabajo y una palpable reducción de consumo en sus habituales mercados de productos, medita gravemente en la responsabilidad de esta hora.

Un sordo murmullo de protesta y venganza agita al mundo musulmán contra Europa; la raza negra y sus afines en los sectores llevados a intervenir en la guerra mundial, lejos de ser extraña a esos sentimientos, los cultiva con la esperanza de dominar en una tierra que les dejó tan gratos recuerdos, a pesar de la sangrienta prueba en que fueron actores y a que estaban más o menos acostumbrados en sus países de origen.

La América indoespañola y la portuguesa atienden con espíritu caviloso los pesados problemas que trajo para ellas la colosal catástrofe. México se recoge, después de tremendas luchas, para reorganizarse y prosperar. Guatemala y las repúblicas de América Central, más o menos convulsionadas por cuestiones de carácter interno que algunas veces atañen a su soberanía exterior, combaten bravamente para capear el temporal. Cuba se agita en convulsión intestinal. Puerto Rico, con la nostalgia de su mutilada soberanía. Colombia, que venía trabajando discreta y sabiamente para sobreponerse a tan duras pruebas, se ve asaltada de improviso en su dominio territorial. Venezuela resiste brillantemente; pugna Ecuador por estabilizarse; el Brasil triunfa de crisis sucesivas que surgieron para él dentro de otra mayor; Perú mantiene ahora una posición equívoca reñida abierta-

mente con el Derecho Internacional en el Exterior, y con el humano, dentro del país mismo. Chile, que parece olvidada un momento de su disciplina ejemplar y sus grandes destinos, intenta reorganizarse sobre bases nuevas; Bolivia y Paraguay combaten por fronteras; mantiénesse Uruguay sereno y firme, en tanto que a la admirable Argentina la están sacudiendo vientos de locura que han desencadenado allí varias revoluciones en brevísimo tiempo.

En el fondo de esta agitación universal palpita con su imponente gravedad una gran cuestión económica que, si no alcanza a explicar totalmente la magnitud de esta tensión, sí esclarece sus mayores aspectos. La lucha establecida en unos lugares por el predominio económico, en otros por el político o el racial, en los de aquí por la religión, en los de allá por el idioma, dan al actual momento cierta apariencia caótica llena de peligros y problemas.

El momento político internacional del mundo se halla, pues, influido por innumerables factores cuyo alcance, intensidad y desarrollo son el tema obligado de estudio para los estadistas de la tierra. La vida internacional es actualmente de tensión, máxima en algunos sectores, menos palpable en otros, pero muy grave entre algunas de las grandes potencias directivas.

Establecida la tirantez comercial entre las naciones productoras de Occidente, sin excluir a Estados Unidos, y el nacionalismo defensivo de los países Orientales solidiantados por Rusia, más veladamente por el Japón, y por los agitadores propios, el desequilibrio de los cambios asume proporciones tan vastas que aparecen por todas partes fórmulas de solución que van considerándose lentamente.

Los Estados Unidos de Europa, antigua aspiración francesa que aconsejó Napoleón y resucitó Briand, al lado de otra paralela y afín que integrasen la Gran Bretaña y sus dominios, es la enunciación concreta de un remedio posible.

Estados Unidos, por su parte, con los demás países de América, podrían constituir otro bloque de acuerdos y tratados, mediante concesiones recíprocas y racionalización del trabajo, harían desaparecer las barreras arancela-

rias que han complicado tanto la situación del mundo en la circulación y distribución de la riqueza, lo que vale decir, en todo género de problemas que atañen al trabajo humano, que es el fundamento del progreso y debe serlo de la ventura del individuo y de la sociedad. Prolijo sería extenderme en consideraciones acerca de la competencia económica y comercial de los pueblos, en la hora presente. Eso daría materia para disertar muchos días. Básteme anotar brevemente que en el fondo de tan varios conflictos se bosquejan ya las únicas soluciones posibles, las que arrostran el problema desde un punto de vista universal sobre la base de la igualdad en el Derecho y la clasificación del esfuerzo.

Parece que la humanidad camina rápidamente a una solución global de todas estas cuestiones, con tendencia a la unificación política bajo un gobierno central universal. Para alcanzar estos fines habrá que andar todavía largo tiempo y padecer reveses cuya magnitud sólo Dios sabe y cuyas consecuencias, si nos es dable apenas prever, no lo es conjeturarlas en su realidad cataclística.

Me he dado a imaginar que la única fórmula posible de carácter decisivo en ese plan universal tan vasto, sería confiar a países o grupos de países el cuidado de proveer al resto que hiciere parte del concierto, de artículos que aquéllos puedan producir en mejores condiciones de calidad y precio: por disponer de las materias primas necesarias, por su antigua y reconocida habilidad industrial y por su vasta preparación técnica en ese ramo. Los demás países se obligarían a comprar a los exclusivos productores designados esa determinada clase de artículos. Otro grupo se encargaría de suministrar los medios de transporte, en condiciones análogas; éste se reduciría a la producción de ciertas telas; aquél a la de cereales, y así sucesivamente, y como compensación del privilegio internacional, esos países o grupos de países comprarían exclusivamente a los otros los géneros de que estuviesen encargados. La perfección de la estadística moderna facilita clasificar por origen, calidad y precios.

Los pueblos menos favorecidos suministrarían las materias primas necesarias, si las tuvieren, y si no, por

razones de posición geográfica aprovechable, serían buscados como asiento de industrias encomendadas a otros, o tendrían el privilegio de ser escogidos como trabajadores clasificados.

Chile, verbigracia, figuraría entre los países proveedores a América, de abonos, pesca y frutas, y de cobre al mundo.

Colombia suministraría los cafés suaves y metales preciosos, y así sucesivamente.

Situada en este plano la producción y distribución de la riqueza, regulada por una prudente previsión ayudada de la ciencia, todos se entregarían a producir febrilmente los artículos encomendados para consumo de la inmensa familia internacional.

Consecuencialmente habría una moneda para regular los cambios exteriores. Su cantidad sería autorizada para cada país, por un gran centro financiero, en vista de la capacidad bienal productora y del volumen de los cambios externos; ampliándose el numerario con el ensanche del consumo, restringiéndose con su reducción. Las estadísticas seguras de las aduanas que nacionalizan los artefactos o productos servirían para fijar, amén de otros medios, la necesidad monetaria de los países. Además tendrían éstos su régimen de moneda propio, para atender a su vida interior que podría ser susceptible de afectarse pero no de afectar la moneda internacional.

Tal es en esbozo el sistema posible que yo veo para sacar del estado caótico y de lucha sin cuartel en que se debate hoy la economía del mundo. Si se aspira a la comunidad universal, al ejército universal, al ejecutivo universal, fuerza es pensar también en la despensa universal.

Tántos elementos de desorden, de amenaza, de intranquilidad y zozobra, mueven intuitivamente a la humanidad a la realización del desarme general. En principio, todas las grandes naciones a quienes más directamente se refiere el intento, aprecian la cuestión desde el punto de vista de magnos intereses que no pueden desatender.

Se hace uno cargo de la reserva y parsimonia con que la Gran Bretaña esquivó la invitación a quemar sus grandes flotas, teniendo que habérselas con 98 naciones en cuyo corazón crepita el instinto de la rebeldía pronto a estallar cuando el temor no lo embargue. Hállase Francia en situación semejante, e Italia, en menor grado, no se resigna a aparecer inerte para posible pasto de los fuertes. Hemos visto ya las aspiraciones japonesas; sus vastas miras sobre el Asia; el programa de renovación mundial que está agitando a sus pensadores y estadistas, como lo hemos leído en publicaciones recientes, y este magno problema asiático, que no alarmaba al sabio Réclus en su tiempo, parece que va asumiendo un carácter amenazante y lóbrego. La actitud de Asia y la musulmana de África, explican sobradamente las reticencias europeas para plegarse al aminoramiento de su fuerza disponible. Frente a la Rusia armada, frente al Japón, la China militarizada, la India rebelde, la Oceanía en armas, y el África, encendida, no es posible que Europa se allane tan fácilmente a renunciar a sus preparativos bélicos. No está lejano el día en que el consenso universal exija que Alemania se arme nuevamente, pues ella es en Europa la más poderosa fortaleza contra el peligro asiático cuya vanguardia es Rusia y el peligro musulmán que preside Turquía.

Estados Unidos, por su parte, saben muy bien el programa que les tocará cumplir en el nuevo y homérico choque entre Europa y Asia . . .

Pese a los pacifistas a ultranza y a los comunistas sin fronteras que no creen en estas perspectivas o que anhelan precipitarlas en beneficio de sus caros proyectos, el instinto de conservación de la cultura actual mantendrá y creará en lo porvenir medios de defensa capaces de contrarrestar el peligro tremendo que nos espía por todas partes. De allí la conveniencia de elevar el poder defensivo de los países hasta el grado máximo que comporte la posibilidad de sus recursos, pues para todos habrá un campo de reunión que, como los Catalúnicos, mire lucir el sol de la victoria, bajo la diestra invencible de un nuevo Ecio que rinda para siempre el poder del nuevo Atila.